

El divorcio entre el Cielo y la Tierra La decadencia del pensar por la razón científica

Divorce Between Heaven and Earth: the Decadence of Thought Based on Scientific Reason

Beatriz SÁNCHEZ

Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo, Venezuela.

RESUMEN

Este ensayo cristaliza una reflexión en torno a los efectos de la racionalidad moderna. Partimos de la concepción de la ciencia en su origen como pensar filosófico ligado a la razón, al logos en su carácter divino. Esta concepción estaba ligada a una búsqueda centrada en lo inteligible, en su relación con el pensar que descubre el cosmos como el eje central de la razón en su relación con el alma. Lo cual hace evidente una visión trascendental de la naciente ciencia. Es decir, el cosmos, en su carácter analógico con el cielo, fue el centro de esa búsqueda de la filosofía griega por los cimientos de la razón. Hoy día la razón positivista moderna, que da origen al nacimiento de la ciencia-técnica, se contrapone a aquél ideal. Entre “el cielo y la tierra”, se ha producido un divorcio por causa de la pérdida de los principios de la razón que ha dado paso a un modelo de racionalidad centrada en el conocimiento como poder. El *pensar* ha entrado en una peligrosa decadencia a consecuencia de un cientificismo técnico que pone en peligro a la humanidad.

Palabras clave: Pensar filosófico, Modernidad, Ciencia-técnica.

ABSTRACT

This essay crystallizes some thoughts as to the effects of modern rationalism. We begin with the conception of science in its beginnings as philosophical thought linked to reason, and to the logos of a divine character. This concept was linked to a search centered on what was intelligible, and on its relation with the soul. It is evident that this vision of science in its beginnings was transcendental. In other words, the cosmos in its analogical characterization with heaven, was the center of the search for the foundation of reason in Greek philosophy. Today, positivist modern reasoning, which gave birth to science-technology, is in opposition to this ideal. Between “Heaven and Earth”, a divorce has occurred due to the loss of the principles of rationality that gave birth to the model of rationality centered on knowledge as power. Thought has entered into a dangerous decadence due to technical scientific-ism which places humanity in danger.

Key words: Philosophical thought, modernity, technical-science.

*“Para la aurora, la desgracia
ese es el día que va a venir,
para el crepúsculo esa es la noche
que engulle”.*

René Char

Cuando nos referimos al divorcio entre el Cielo y la Tierra, no nos estamos refiriendo precisamente a un poema, sino al abismo que se cierne hoy en día entre la realidad filosófica en su origen y la relación de la ciencia en su carácter de sabiduría divina, naciente del LOGOS, ratio, raison, es decir, facultad de ser razonable y principio del ser como reflejo y luz de la verdad.

El pensar filosófico funda un ámbito ontológico donde se resguarda el orden moral en la visión del alma y de la inmortalidad, asimiladas al cosmos, es decir, al movimiento ordenado del cosmos con respecto a la práctica de la vida misma.

El desarrollo de la ciencia-técnica, instaurado a partir del racionalismo positivista de la Modernidad, ha venido conjugado las bases de un pensamiento filosófico que ha dejado completamente de lado los postulados místicos y metafísicos del pensar original, para dar paso a una ciencia que concibe la naturaleza como objeto de dominio, bajo el ángulo productivista, rentable y mercantil. La sabiduría que resultaba de la comprensión de lo inteligible y espiritual es rechazada.

Este tipo de racionalismo no sólo ha cambiado el carácter de la Ciencia, sino también el de la Filosofía. Ha dejado a un lado los ideales espirituales del conocimiento, para centrarse en una concepción de la realidad sólo deducible por medio de la observación, la experimentación y la comprobación. Se origina así, un nuevo modelo de racionalidad histórica que postula la primacía del conocimiento científico-técnico como la epistemología de la modernidad.

Max Weber se había referido a la racionalidad moderna como la forma en que la actividad económica capitalista, el tráfico social regido por el derecho privado burgués y la dominación burocrática, organizan el orden social y político. *Racionalización* significa, en todo caso, el sometimiento de los ámbitos sociales a los criterios de una decisión racional. En este sentido, la industrialización del trabajo social responde a la acción instrumental de la racionalidad que termina por penetrar cualquier ámbito de la vida, pues se trata de imponer los fines que ésta conlleva en sí misma. Este tipo de racionalidad, producto de la institucionalización del progreso científico-técnico, termina por extenderse al espacio institucional de la sociedad, transformando de acuerdo a su interés la sociedad que le sirve de soporte.

H. Marcuse siguiendo este análisis de Weber demuestra que este concepto de racionalidad formal es extraído tanto de la acción racional del empresario capitalista y del obrero industrial, como de la persona jurídica abstracta y del funcionario moderno. Éstos llegan a asociar los principios del pensamiento científico-técnico de la ciencia con las relaciones sociales y productivas, insertando en la vida ciudadana un comportamiento con arreglo a fines. Este paradigma racionaliza la vida a través de una determinada forma de dominio político, que se hace oculto, e impide elegir o decidir según una racionalidad estratégica con fines comunicativos (Habermas), lo que haría posible una actuación humana y social no siempre adecuada a las tecnologías de control que instaura el sistema social.

Este modelo de racionalidad puede ser entendido, específicamente, como razón-técnica, cuya acción se cumple en ejecutar un dominio tanto sobre la naturaleza como sobre la sociedad, con la finalidad de lograr mecanismos de controles. Es por eso que dicho dominio debe ser institucionalizado en virtud de lograr hacerse del ámbito político como eje de dominio y de penetración ideológica. Para Weber “el concepto de razón técnica es quizás él mismo ideología. No sólo en su aplicación sino que ya la técnica misma es dominio sobre la naturaleza y sobre los hombres: un dominio metódico, científico, calculado y calculante. No es que determinados fines e intereses de dominio sólo se advengan a la técnica desde fuera, sino que entran ya en la construcción del mismo aparato técnico.” (Citado por Habermas, 1992: 55).

Por su parte, Marcuse afirma que la técnica conforma un proyecto histórico social que proyecta los intereses dominantes de la sociedad, con el objetivo de hacer en los hombres y aun en las cosas su propósito. Tal es el dominio material y espiritual de la razón técnica.

La tesis marcusiana también resalta el hecho de que el aumento de las fuerzas productivas, institucionalizadas por el progreso técnico y científico del modelo de producción capitalista, viene a favorecer la idea moderna de progreso como concepto central de la racionalidad tecno-científica, cuyo norte en sí es el de responder a las políticas de mercado de un capitalismo liberal cuyo dominio va más allá de la producción misma, al ámbito de la condición humana de los hombres, e incluso de represión sobre la humanidad. La base de este dominio viene de la legitimación ideológica que le confiere la racionalidad técnica a los espacios políticos de participación ciudadana. Es en esta dirección que Marcuse desarrolla sus valiosos análisis, todavía vigentes, sobre el impacto de la razón-técnica en lo político:

Los principios de la ciencia moderna estaban estructurados a priori de forma que podían servir como instrumentos conceptuales para un universo de controles productivos que se ejercen automáticamente. El operacionalismo teórico vino al cabo a corresponderse con el práctico. El método científico que conducía a una dominación cada vez más eficiente de la naturaleza, proporcionó después también tanto los conceptos puros como los instrumentos para una dominación cada vez más efectiva del hombre sobre el hombre a través de la dominación de la naturaleza. (Citado por Habermas, 1992: 58).

Es desde este ángulo ideológico-político y de dominio tecno-científico del desarrollo de la racionalidad moderna, que se interpretará en este ensayo su influencia en el ámbito filosófico, y que se manifiesta en la decadencia del pensar, o lo que nosotras hemos calificado como el divorcio definitivo entre el origen de la Ciencia y su presente actual.

LA DECADENCIA DEL PENSAR POR LA RAZÓN CIENTÍFICA

La ciencia moderna nos ha conducido a la banalidad del pensar en su sentido más estricto. Existe una concepción científicista del saber y del conocer que restringe y enajena el discurso reflexivo del pensar. Como diría Heidegger (1985: 121): “el pensar está en el descenso a la pobreza de su esencia provisoria. El pensar recoge el habla al simple decir.” En lenguaje heideggeriano, el pensar venidero, la filosofía, ya no será más filosofía, pues está en el descenso total. Evidentemente de lo que se trata es de no ver el pensar como una sim-

ple experiencia o “aventura”, sino de preocuparse por el destino del pensar que se cierne hoy en un gran abismo, en un divorcio casi total entre el pensar y la realidad de su realización, pues la ciencia-técnica reduce a nada el pensar, a pesar de haber nacido ésta en el ámbito ontológico.

La negación o reducción del pensar por parte de una racionalidad que ha querido prescindir de él como manifestación del ser, es el propósito que anima a esta racionalidad de fines instrumentales y unívocos, que termina des-ontologizándose a sí misma, en vía de autoreproducirse sólo a través de la técnica y su poder. Esta escisión de la ciencia de su naturaleza pensante, ha producido su propio “ocultamiento”, su “eclipse”. Como bien señala Marcuse (1968a: 15): “la separación entre la ciencia y la filosofía es en sí misma un acontecimiento histórico. La física aristotélica era parte de la filosofía y como tal, preparatoria para la ‘ciencia primera’: la ontología.”

Aunque fue a partir de Aristóteles cuando la Ciencia se fue distinguiendo en los términos de la lógica conceptual, no fue sino hasta Galileo cuando llegaron a fijarse sus cimientos científicos. Es evidente que la idea de la Ciencia que se desarrolló a partir de aquellos postulados filosóficos, estaba asimilada con la relación mimética del alma, con las proporciones infinitas del cosmos, donde el cielo era la verdad intrínseca del ser. Es decir el eje central del cosmos era el de la ciencia-filosofía. En este sentido afirmaba Husserl que la pérdida de la dimensión filosófica que originariamente era la dimensión fundamental de la ciencia, radica en el elemento racional. Así la racionalidad científica no sólo deja a un lado su raíz, es decir la Filosofía, sino que se convierte en ciencia pura. “El método científico depende de una específica *lebenswelt*. Este es el elemento irracional oculto en la racionalidad científica.” (Husserl, citado por Marcuse, 1968b: 86).

No obstante, la perspectiva de la ciencia-técnica rompe con la dimensión del Logos, como una idea de la razón que pone al hombre frente al descubrimiento y la demostración, en el camino de una verdad hacia su validez.

En todo caso la razón humana como vía hacia la racionalidad labró el camino de la ciencia-técnica sustentada en un ansia de poder y de dominio que determinó las bases de la ciencia moderna, para dejar en el olvido el pensar desde su esencia y darle entrada al poder de la técnica. “Para que podamos aprender a percibir –y esto significa consumir– la dicha esencia del pensar, tenemos que liberarnos de la interpretación técnica del pensar” (Heidegger, 1985: 100). En este sentido, nos abrigamos en el pensamiento heideggeriano, quien plantea: “Así podría –aún si el momento de la historia mundial nos empujara a ello– despertar una meditación que pensase en dirección no sólo hacia el hombre sino hacia la “naturaleza “ del hombre, no sólo hacia la naturaleza sino, más originariamente aún, hacia la dimensión en la cual la esencia del hombre determinada viniendo del ser mismo está en casa” (Heidegger: *Ibidem*). Ya no es el pensar, ni desde su esencia ni en su vía hacia la profundidad, sino que se ha cambiado por un saber que se deslustra en la ciencia-técnica que reproduce un conocimiento negador desde los cimientos de la naturaleza.

Ciertamente, la ciencia-técnica es negadora del pensar filosófico, en tanto ella se inclina fundamentalmente por un dominio ideológico que pone en peligro las especificidades sociales, culturales y particulares del propio ser humano. Es más, la razón moderna no sólo lleva a la humanidad al más inconcebible y vano pensamiento, sino que la conduce a un día en el que ya no vea más la luz crepuscular de la cual fuera dotada en su razón original.

Ante nuestros ojos se despliega una panorama incierto en el que el pensar está a merced del paradigma de la lógica científica. “Por esta vía lógica se deja sucumbir todo un nihi-

lismo inventado con ayuda de la lógica” (Heidegger, *Ibid*: 102). Es en esta dimensión, dice Heidegger, que esta filosofía predica un irresponsable y destructor nihilismo, incluso en esta temática se refiere al mundo y a Dios. “Se oye hablar de una contraposición a todo. Se conoce y toma lo nombrado por lo positivo. Lo que –tomado de oídas- se expresa contra ello en un modo que no se ha meditado con rigor, la gente lo considera como su negación, y ésta como lo “negativo” en el sentido de lo destructivo” (Heidegger, *Ibidem*). Así, se trata pues de entender el pensar en un ir más allá de la palabra lógica para orientarla en la palabra del “apropiamiento”, hacia la fecunda esencia del Logos. “La “lógica” entiende el pensar como el representar de los entes en su ser, donde el representar se da como lo general del concepto. Pero ¿qué acontece con la meditación relativa al ser mismo, esto es: con el pensar que piensa la verdad del ser? Sólo este pensar toca la original esencia del Logos que en Platón y Aristóteles –el fundador de la lógica- ya está, encubierta y perdida” (Heidegger, *Ibid*: 103).

Encontramos en la reflexión heideggeriana una posición muy crítica y muy certera, sobre todo, en lo que se refiere al olvido del pensar desde su esencia a partir de los pensadores griegos. Así pues, la lógica del pensar coquetea con la razón desvanecida en su propósito original:

Sólo a partir de la esencia de lo sagrado se puede pensar la esencia. Sólo de la Divinidad, la luz de la esencia de la Divinidad se puede, debemos, pensar y decir lo que significa la palabra “Dios”. ¿O no primero poder entender y oír cuidadosamente estas palabras, si, como hombres –esto es: como seres ex-sistentes-, hemos de tener el privilegio de experimentar la relación del Dios al hombre cómo podrá el hombre de la actual historia mundial preguntar seria y rigurosamente si el Dios se acerca o se le escapa, cuando el hombre omite el paso previo de ingresar por el pensamiento en la dimensión única donde esa pregunta puede ser preguntada? Esta, empero, es la dimensión de la gracia, que aún como dimensión queda cerrada si lo abierto del ser no es despejado y en su despejo no le está cerca del hombre. Quizás consiste el distintivo de esta edad mundial en la cerrazón de la dimensión del agraciar (=sanar). Quizás es ésta la única desgracia (Heidegger, *Ibid*: 106).

Evidentemente que el mayor descenso que ha producido la racionalidad técnica en la humanidad se manifiesta en el pensar, cuyo descenso se debe a su dislocación inicial. Y más tarde canalizada por una ciencia fundamentada en el saber como poder y dominio. Es más, la racionalidad conducida desde el estado positivista ha dado lugar al desarrollo de una conciencia tecnocrática (Habermas, 1992) que dirige al mundo hacia su propia destrucción.

Entonces, ¿dónde quedó la esencia del pensar? ¿Acaso ella se encuentra escondida en la concepción del conocimiento desarrollado filosóficamente como primera referencia del ser? Entonces, ¿debemos rescatar la esencia del pensar a partir de los pensadores del alba inicial, en su concepto del Logos y del Ser para hacer un nuevo recorrido? O bien, ¿seguir los postulados de algunos filósofos críticos de este advenimiento, a fin de crear un nuevo paradigma del pensar en su relación con el de la razón filosófica, que tome como ángulo el bien de la humanidad, para configurar una visión de la razón más humana? Lo cierto es que es muy notable la presencia de una modernidad vista en el espejo de una ciencia que no es más que la tecnificación del pensar.

Ciertamente, la irracionalidad de la ciencia moderna es la razón racionalizante fundada en la posesión del mundo material, lo cual pone en evidencia el divorcio con la Ciencia inicial relacionada con el mundo inteligible o espiritual:

“La Ciencia moderna, que procede de una limitación arbitraria del conocimiento de un cierto orden particular, y que es el más inferior de todos, el de la realidad material o sensible, ha perdido de hecho esta limitación y las consecuencias que ella entraña inmediatamente, todo valor intelectual por lo menos si se le da al intelectualismo la plenitud de su verdadero sentido, si se le refuta en compartir el error “racionalista”, es decir en asimilar la inteligencia pura a la razón, o eso que vuelve a venir a lo mismo, a negar la intuición intelectual. Eso que es en el fondo de este error, como de una gran parte de otros errores modernos, eso que es la razón misma de toda la desviación de la ciencia” (Guenon, 1973: 94).

La razón se desplegó bajo un estado de debilidad que conduce a la humanidad hacia su propia destrucción, pues estamos en presencia de un enredo racional y de una equivocación tan singularmente destructiva que consume no sólo el pensar en el pensar sino también a la esencia del pensar. “El pensamiento no es un medio por conocer. El pensamiento traza los surcos en el aire del ser.” (Heidegger, 1976: 157). La ciencia moderna bajo los postulados de la razón científica reduce a la humanidad a una paranoica provocación técnica que absorbe los destellos de la luz inicial a simples destellos confusos.

La ciencia moderna se ha desplegado en tres ángulos: carece del principio del Bien, está divorciada de la justicia divina y es una ciencia sin conciencia. Por lo tanto se explica por qué se ha erigido en poder y dominio de la tierra. “La tierra, exactamente como los jóvenes esclavos de la Odisea, es siempre considerada como propiedad. La relación de la tierra es aún estrictamente económica: ella comprende privilegios, pero sin ninguna obligación.” (Aldo Leopold, citado por Luc Ferry, 1992: 131). La realidad impuesta por la racionalidad materializada nos deja perplejos en la medida que nos encasilla en el círculo del conocimiento hacia un fin, donde impera el dominio a través del saber científico técnico bajo un carácter de poder absoluto. Bien profetizó Bacon “Saber es poder”. Esta concepción hoy en día se confunde con una realidad latente y lastimosa porque se trata de una desviación de la concepción de la razón en toda su dimensión.

LA CIENCIA-TÉCNICA, EJE DEL PENSAR

La racionalidad científicista le da un “JAQUE MATE” al pensar filosófico, pues rompe totalmente con el pensar profundo, para aterrizar en el saber a partir de la verificación o la comprobación de un hecho en base a un método. “El honor de las ciencias consiste, desde luego, en aplicar infaliblemente sus métodos sin reflexionar sobre el interés que guía al conocimiento.” (Habermas, 1992: 178). El método no sólo guía el conocimiento sino que lo restringe a una particularidad reductiva del saber. Bien afirma Habermas que no saben metodológicamente lo que hacen, por lo tanto más ciertas están las ciencias de su disciplina, vale decir: “del progreso metódico dentro de un marco no problematizado”. No obstante, el ideal del conocimiento no radica en el espíritu de la ciencia sino en el de la técnica. Mientras, la ciencia queda encerrada en un modelo representativo del residuo del cual se originó. “La victoria de la ciencia no es eso que caracteriza nuestro siglo XIX, sino la victoria del método científico sobre la ciencia.” (Nietzsche, citado por Heidegger, 1976:162).

La metodologización en el método que rige el conocimiento se implanta como un sistema bien estructurado en el mundo del saber que se trasluce en una representación de la misma ciencia. “Todo el poder de la ciencia descansa en el método. Todo “tema” está en su lugar en el método.” (Heidegger, *Ibid*: 165). Se entra en el juego de la objetividad y la subjetividad para rendir la razón a la racionalidad científica. “En la interpretación racionalista, el pensar es la producción de un orden científico unitario y la reducción del conocimiento factual a partir de principios, que esos sean entendidos como axiomas postulados arbitrariamente, ideas innatas o de abstracciones superiores. Las leyes lógicas instauran las relaciones, las más generales en el sentido del orden.” (Horkheimer y Adorno, 1974: 92).

Se nos hace partícipes de la ciencia como entes pasivos y reproductores de una realidad deshumanizada en la medida que respondemos a ella desde las filas de fieles soldados rasos, reducidos y conducidos como sujetos pasivos del mundo científico. “El cientifismo comparte con el positivismo la convicción de que todos los procesos sociales o físicos pueden ser analizados, entendidos y codificados mediante un planteamiento científico y de que “por lo visto un planteamiento científico” de cualquier problema o situación es tanto necesario como suficiente para indicar el modo en que se puede lograr su solución objetiva y políticamente neutral.” (Dickson, citado por David y Ruth Elliot, 1980: 85).

Se tienen que desgarrar las vestiduras del método que proyecta una imagen immaculada de la ciencia-técnica que encubre en sí misma el carácter ideológico del conocimiento en su relación de dominio político y de irracionalidad destructiva. “La irracionalidad del dominio, que se ha convertido en un peligro colectivo en el que nos va la vida, sólo podrá ser domeñada a través de una formación política de la voluntad colectiva, ligada a una discusión general y libre de dominio.” (Habermas, 1992: 129).

La tendencia de la ciencia está cada vez más va en contra de sus principios filosóficos acuñados desde su origen bajo un carácter racional y conceptual, pero relegando los principios espirituales, mucho menos en su carácter ontológico. “La reflexión sólo sería capaz de evitar el peligro de una oclusión semejante si lograra encontrar un punto de vista que se halle por encima de todas estas formas y que, por otra parte, no se encuentre meramente más allá de ellas, un punto de vista que haga posible abarcar de una mirada la totalidad de las mismas y un trato de asegurar otra cosa que las relaciones puramente inmanentes que guardan todas estas formas entre sí y no la relación con un ser o principio “trascendente”. (Cassirer, 1976: 23). Si la ciencia se liara a la reflexión filosófica en búsqueda de un centro, es decir, el bien, la justicia y la armonía con la naturaleza, evidentemente que el esquemático mundo de la ciencia centrado en normas y reglas metódicas sucumbirían ante el paradigma del pensar en una dimensión más humana en función de una base de profundidad en favor de la humanidad y en consonancia con una ética conciliadora, hacia una moral destinada a consolidar la justicia y el orden armónico de la humanidad. Es “La exigencia de pensar la totalidad del espíritu como totalidad del espíritu como totalidad concreta, esto es, de no permanecer en un simple conjunto sino de desarrollo en el conjunto de sus manifestaciones” (Cassirer, *Ibid*: 23).

En este orden de ideas es que fundamentamos la necesidad de un norte conciliador con un modelo de ciencia más humano y emancipador en el orden de la justicia, del bien y de la paz, como hemos afirmado. Para abrir la perspectiva de la ciencia en esta vertiente es evidente que se impone un centro del conocimiento que sería el humano y no precisamente el meramente materialista, el cual ha predominado hasta el momento. Esto incluye el pensar en su carácter de reflexión y bajo una visión emancipadora, que deje a un lado el dominio sobre la naturaleza y sobre la sociedad. “Quieren poner bajo control a la sociedad de la

misma forma que a la naturaleza, es decir reconstruyéndola según el modelo de los sistemas autorregulados de la acción racional con respecto a fines y del comportamiento adaptativo. Y esta intención no solamente la podemos encontrar entre los tecnócratas de la planificación capitalista, sino también entre los tecnócratas de la planificación del socialismo burocrático” (Habermas, 1992: 105).

La Ciencia bajo el paradigma del pensar profundo debe orientarse al conocimiento emancipador y liberador de todos los elementos que se han tejido para tal fin y no cercenar la feliz postulación de la Ciencia en el orden de beneficio humano y social, que permita labrar los surcos de una humanidad en plena armonía con la naturaleza.

Hasta el momento la Ciencia sólo ha servido para someter a la humanidad a la falsa ilusión de un modelo de vida materializado que rompe totalmente con un norte de vida cónsono con la calidad de la existencia, negadora del beneficio social de la Ciencia. La ciencia-técnica es una violación agresiva a la propia vida en virtud de que descansa en una “irracionalidad” dominadora: La racionalización del dominio sólo cabe esperarla de un estado de cosas que favorezca el poder político de una reflexión vinculada al diálogo. La fuerza liberadora de la reflexión no puede ser sustituida por la difusión del saber técnicamente utilizable (Habermas, 1992: 129).

Hoy en día la fuerza de la “irracionalidad del conocimiento” es el resultado de un desarrollo de la tecnología con pretensión dominadora. Es un camino desértico que le abre la ciencia-técnica a la humanidad, donde no deja posibilidades para el paradigma filosófico, mucho menos para el despliegue de una vida más humana donde prevalezca la sociedad como centro, sino que se despliega la aridez en todas las perspectivas al darle cabida a la deshumanización y al pensar agónico. Ello da lugar a que los espacios de la existencia sean menos receptivos para el pensar utópico, pues el pensar debe estar a completa disposición de la mejor condición para el ser humano y en completa armonía con su entorno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASSIRER, Ernst (1976): *La filosofía de formas simbólicas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- ELLIOT David y Elliot Ruth (1992): *Tecnologías populares*. España,
- FERRY, Luc (1992): *Le Nouvel ordre écologique*. Gresset, París.
- HABERMAS, Jürgen (1992): *La Technique et la science comme idéologie*. Gallimard, París.
- HORKHEIMER, M., y Adorno T. (1974): *La dialectique de la raison*. Gallimard, París.
- GUENON, René (1974): *La crise du Monde Moderne*. Gallimard, París.
- HEIDEGGER, Martín (1976): *Acheminement vers la parole*. Gallimard, París.
- HEIDEGGER, Martín (1985): *Carta sobre el Humanismo*, Edic. del 80, Buenos Aires.
- MARCUSE, Herbert (1968a): *El Hombre Unidimensional*, México.
- MARCUSE, Herbert (1968b): *La Sociedad Opresora*, Nuevo Tiempo, México.